

donde comercian con los frutos de las industrias que rigen. El comercio de abarrotes y parte de la agricultura no son nuestros tampoco. En cada esquina de las calles de la Metrópoli o en las capitales de los Estados, un extranjero nos vende los elementos más indispensables para la propia subsistencia. Es decir, las fuentes de nuestra riqueza nacional no son nacionales. Comercio, industria y parte de la agricultura, se encuentran en el patrimonio de otras razas.

Los mexicanos nos hemos reservado la peor de las industrias: la política, la guerra y la burocracia. (La burocracia es una consecuencia pacífica y una organización social derivada de la guerra). Esta industria no es productiva. Es un negocio malo. No puede saciar las aspiraciones del hombre. Por esta causa somos tan pobres los mexicanos, aun cuando nuestro país sea tan rico. Los negocios pingües, los esfuerzos remuneradores, la virtud de «hacer valer» la tierra y sus dones, todo cuanto afianza y perfecciona a «la planta humana» sobre el suelo de una patria, enriquece a los extraños, beneficia directamente a otros hombres que saben, mejor que nosotros, el secreto de adaptar las cosas del mundo a los designios, siempre apremiantes, de la voluntad.

De aquí nuestro malestar y nuestra angustia. De aquí nuestra constante revuelta. México es un organismo inconexo que se debate en su propio dolor. La reforma, la gran reforma verdadera no está en cambiar las leyes sin cambiar o mudar el fondo de las cosas; sino en optar por otros medios de vida que, por sí mismos, obrarán la reforma política y moral. Somos pobres porque no trabajamos. La buena política es consecuencia del buen trabajo. Mientras nuestra única industria nacional, es decir, realizada por mexicanos para mexicanos, sea la guerra, el país será víctima de las convulsiones que lo desgarran.

Volvamos a la tierra que nos llama, a las minas y los telares. Esto enriquece porque produce. Abandonemos el frenesí delirante de la política, porque no más pobreza engendra, y alguna vez, habremos logrado la suprema ambición de los pueblos fuertes, esto es: la plena nacionalización de la patria.

El materialismo histórico nos condena a ser esclavos, en tanto no abandonemos la idea de que somos señores. Hoy, el trabajo vale más y la guerra y la política, menos. El día en que México sea un pueblo de buenos obreros, de buenos trabajadores, se habrá redimido para siempre. La nación se poseerá a sí misma.

ANTONIO CASO

México, diciembre de 1923.

(Revista de Revistas, México, D. F.)

## Los Cinco Minutos de Mallarmé<sup>(1)</sup>

VARIOS escritores encontraron, sobre su mesa, una hoja escrita con los primores de la máquina Hammond. Un anónimo literario. Decía así:

«El 14 de octubre de 1923, los miembros de la *Société Mallarmé*, de París, se reunirán en Valvins, a unos dos kilómetros de Fontainebleau, donde murió el Maestro, para consagrarle un recuerdo.

«Se propone que hagamos en Madrid una conmemoración semejante. Sin discursos. Un acto—por decirlo así—sin acto. Lo que a Mallarmé le hubiera agradado:

«CINCO MINUTOS DE SILENCIO EN RECUERDO DE MALLARMÉ.

«Sitio y hora: el domingo, día 14, a las once en punto de la mañana, en la puerta del Botánico que da sobre la Feria de Libros.

«Se cuenta con usted. Allí encontrará usted a sus amigos».

El primero en llegar fué José Ortega y Gasset. Lo ví cuando entraba en la calzada central. Lo llamé de lejos.

Era un día neutro, nublado y claro. Algo París de los años de 80... Sacudiendo el viento los ramajes de nubes, hizo caer escasas gotas. Luego, quedó el tiempo seguro; y había una frescura casi dulce.

Fueron llegando uno a uno, Eugenio d'Ors, Enrique Díez Canedo, José Moreno Villa. Y los más jóvenes: José María Chacón, Antonio Marichalar, José Bergamín, Mauricio Bacarisse.

El Botánico tenía una iluminación de vidrieras opacas, de taller fotográfico. Cada árbol, al paso, nos decía una palabra, como al estudioso Goethe en sus excursiones de naturalista: la palabra escrita en su etiqueta: Almez, Alerce, Sófora, Japonica, Pawlonia, Arce Sacarino.

Cada árbol, al paso, traía tejido en las ramas todo el ambiente de su paisaje propio: uno filtraba un cielo griego por entre su follaje claro; otro encuadraba un tenue horizonte japonés entre las antenas curvas de dos guías floridas; la torre del ciprés hendía—y lo creaba—el aire de Fiésole.

*Azorín* no puede venir. Asiste a un acto oficial.

—Es—dice alguien con una sonrisa, aludiendo al tradicional mutismo del escritor—, que no puede guardar silencio tanto tiempo.

(Aseguran que, una tarde, don Benito, *Azorín* y no sé qué matador de toros se encontraron en un parque.

Eran tres silenciosos. No hablaron una sola palabra. Se despidieron al anochecer, diciendo: «¡Qué buena tarde de hemos pasado juntos!»)

Y, en efecto, el hado travieso quiere que, hoy precisamente, *Azorín* cumpla deberes de orador público en cierta asamblea.

Juan Ramón Jiménez es víctima de las dolencias del tiempo; pero nos ha dicho: «Estoy con ustedes».

Y Ramón Gómez de la Serna tiene que asistir, a la misma hora, a un entierro.

—¡Qué competencia!— comenta Ors. Ramón ha descubierto que, hace años, en el Jardín Botánico había una colección de fieras. Y un día, al leer en una tarjetita: «Alamo salvaje», cayó en la cuenta:

—Estos árboles—se dijo— son la metamorfosis de las fieras de antaño. Desconfiemos, sobre todo, de los llamados «Falsos plátanos»...

Nos internamos. A una parte, nos sale un cementerio de flores, con sus tarjetitas lapidarias. A otra, un parlamento de tiestos, anfiteatro donde se descubren la extrema izquierda, la extrema derecha, el centro y la presidencia de los debates. Hay unos asientos de tronco de árbol con respaldos: troncos para justicias rudas, última utilidad de los árboles muertos. Las arrugas de la raíz fingen piernas ocultas bajo unas faldas.

Buscamos un refugio. Todos estamos descubiertos. Y empieza la meditación, en silencio, bajo la mirada recelosa de un guarda distante.

Todo se acabó de un modo perfecto. Moreno Villa me dice:

—La frase final de la esquila lleva como enredada una firma invisible que yo he descifrado al instante.

Pero Becarisse dice a Ors:

—En cuanto recibí la esquila, comprendí que era cosa de usted.

Ors se contenta con exclamar:

—¡Qué alegría! Ha llegado ya la hora de la civilización. Yo lo había predicho cuando aseguré que nunca tendríamos civilización, hasta que las obras anónimas pudieran ser atribuidas, indistintamente, a cualquiera de nosotros.

Y salimos por la Feria de Libros, llevándonos en la conciencia—como tu *nefúfar blanco*, Maestro—unos minutos de recogimiento, robados a las fugaces horas.

Quiero saber lo que pasó por mí en ese breve rato. Ese breve rato—diría Góngora.—

(1) Sobre este mismo asunto escribió Eugenio D'Ors una fina glosa que reproducimos en el nº 12 del tomo en curso.